



Pánel de lujo para exponer sus puntos de vista sobre el impactante tema *You never know with language / ¡La lengua es una vaina seria!*: de izq. a der., Laura Jaramillo, Edgardo Malaver Lárez, Krístel Guirado, Luis Navarrete Orta y Cástor Carmona

## “¡Oh, Andrés Bello, qué han hecho con tu idioma!”

### ■ ¿POR QUÉ LA LENGUA ES UNA VAINA SERIA?

Laura Jaramillo

Pensando en el porqué de que digamos que la lengua es una vaina seria, decidí ir a caminar por los alrededores de Quinta Crespo, y con lápiz y papel en mano pude recolectar lo siguiente:

Al salir del edificio donde vivo, pasa una pareja de esposos, y la señora muy molesta le dice a su marido: “Eres como los estribos, solo *pa meté* las patas”; y el de la bodega que no pierde tiempo remata diciendo: “*Hombre casao come callao y da pal mercao*”.

Sigo caminando, y detrás ‘mío’ estaban dos colegialas hablando de muchachos, y una le dice a la otra: “Chica, ¿por qué no te empatas con fulanito?”, y la otra responde: “No, mi amor, *ese joropo no va con mi alpargata*”.

Más adelantico, una señora le pregunta a otra: “¿Conseguiste azúcar?”, y la respuesta fue: “No, mijitica, *¿de dónde flores si no hay jardín?*”.

Sigo mi recorrido, y al llegar a la quesera, estaban dos tipos, y uno pregunta: “Chico, ¿viste que ayer vendieron leche aquí atrás?”, y el otro tipo le contesta: “Sí, vale, pero llegué cuando todo acabó, *quedé sin el caldo y sin el huevo, o sea, con hambre*”.

Al voltearme, veo una señora en muletas que se encontró con alguna conocida, y esta le pregunta: “Mujer, ¿qué te pasó?”. “Chica, me caí bajando las escaleras, eso *rodé como maraca sin palo*”.

Regresando a mi casa, paso por el taller, y un mecánico le cuenta a otro que se empató con una muchacha que parece ser buena persona, y el compañero le dice: “Ay, pana, *ta mosca, mira que ahorita ni todas las brujas vuelan ni todas las zorras están en el bosque*”.

Finalmente, ya en el edificio, esperando el ascensor y rogando no encontrarme con el vecino que es *más serio que una foto e Gómez*, llega una vecina muy achicopalada por la tal gripe esa *chiquichuqui*, y, bueno, después de escuchar tanta genialidad criolla en el hablar, no podía quedarme atrás, y muy amablemente le digo a mi apreciada vecina: “Chica, pero no te enrolles, *si la vida te da la espalda, agárrale las nalgas*”.

Entonces, ahora sí, ya entendí, la lengua es una vaina seria porque de cualquier vaina nos agarramos *pa* inventar una expresión que represente lo más fehacientemente posible lo que queremos decir. La lengua refleja nuestra imaginación.

En su libro *Buenas y malas palabras*, Ángel Rosenblat decía:

Toda palabra, cualquiera que sea la esfera de la vida material o espiritual a que pertenezca, tiene dignidad e interés histórico y humano. Si una expresión es del habla popular o familiar tiene su legitimidad en sí misma. La manera de hablar del pueblo venezolano, o del colombiano, argentino, castellano o andaluz, debe inspirar siempre el mayor respeto. La voz del pueblo es casi siempre la voz de Dios. La lengua popular y familiar debe tener color local, debe ser espontánea y vivaz (2004: 2-3).

Amén.

## Bibliografía

Rosenblat, A. (2004). *Buenas y malas palabras. Una selección*. Caracas: Monte Ávila Editores.

[laurajaramilloreal@yahoo.com](mailto:laurajaramilloreal@yahoo.com)

Laura Jaramillo, licenciada en Idiomas Modernos, miembro del panel de la mesa redonda, *You never know with language / ¡La lengua es una vaina seria!*; a su lado, Edgardo Malaver Lárez



## ■ EL LUGAR COMÚN

Luis Navarrete Orta

Cuando se quiere criticar a un orador o a alguien que utiliza el lenguaje como instrumento de trabajo, se dice de él, entre otras cosas, que usa muchos lugares comunes. Eso nos indica desde ya que el lugar común es ubicado automáticamente entre los llamados vicios del lenguaje. Sin embargo, antes de fijar posición al respecto, conviene hacer algunos distingos, pues por ahí andan muy realengos no solo los prejuicios raciales, sino también los del lenguaje.

Partamos con dos ejemplos: si estamos soportando turbulencias personales y un amigo íntimo nos pregunta: “¿Cómo están las cosas?”, es bastante normal que le respondamos: “Mira, vale, estoy tratando de hacer borrón y cuenta nueva”. Igual, en el caso de la muerte de un ser amado, uno podría contestar: “Aquí estoy, mi hermano, iniciándome en estos cien años de soledad”. En ambos casos, sea el de una expresión coloquial muy popular o el de la alusión a una obra literaria, la frase hecha resuelve con indiscutible propiedad la idea que deseamos transmitir. Es decir, que los lugares comunes florecen tanto en los arrabales del idioma como en los jardines del arte.

Ese es el primer distingio. Otro es que en varios trabajos que hemos revisado se señalan como sinónimos del lugar común el **cliché** (lingüístico), el **estereotipo**, la **frase hecha**, la **muletilla** y la **perogrullada**. Sin embargo, de todos estos conceptos, el único que efectivamente coincide con el del lugar común es el cliché. En efecto, el *Diccionario de la lengua española* de la Real Academia Española (DRAE) define el **lugar común** como “una expresión trivial” y añade de inmediato: “o ya muy empleada en caso análogo”, y el cliché como una “idea o expresión demasiado repetida o formulada”. Salvo la idea de trivialidad (¿no es este uno de esos prejuicios antes aludidos?), vienen a ser casi lo mismo.

En cambio, el **estereotipo**, también llamado frase proverbial, sería, según el DRAE, una “imagen o idea aceptada comúnmente por un grupo o sociedad con carácter inmutable”. Ejemplos: “al mal tiempo buena cara”, “genio y figura hasta la sepultura”, “no hay mal que por bien no venga”. Y la **frase hecha**, también llamada modismo, viene a ser casi lo mismo que el estereotipo, pues el DRAE la define como “la que es de uso común y expresa una sentencia a modo de proverbio”. Ejemplo del DRAE: “nunca segundas partes fueron buenas”; otros: “quien siembra vientos recoge tempestades”, “de tal palo tal astilla”, “sarna con gusto no pica”.

De este entrevero de definiciones se saca que entre estereotipo y frase hecha hay mucho más cercanía semántica que entre ambas y el lugar común, el cual no tiene por qué constituir una "idea" o una "sentencia", pues se trata simplemente de una elocución congelada en una frase-tipo invariable. Los otros conceptos que se asocian con el lugar común son la muletilla y la perogrullada. La **muletilla**, según el DRAE, es la "voz o frase que se repite mucho por hábito". En realidad, es un uso más del habla que de la escritura. Todos, cuando nos expresamos verbalmente, nos apoyamos, cual en muletas, en palabras o frases muy cortas que nos sirven para pasar de un asunto a otro: "bueno", "sí", "este...", "ajá" y muchos otros. Por ejemplo, la muletilla de Chávez era "ahora" y la del presidente Maduro es "así que". Por último, la **perogrullada** agrega a la noción de vicio de lenguaje, el matiz despectivo de la necedad: "Verdad o certeza que por notoriamente sabida, es necedad o simpleza el decirlo", según el DRAE. Para decirlo con un estereotipo, es como "descubrir el agua tibia".

Cumplido este somero balance, habría que preguntarse: y los periodistas, ¿qué? No hay escapatoria: a ellos les toca también lidiar con estas borrascas de nuestro amantísimo pero caprichoso idioma. Y de partida, una de las cosas que debe hacer es huir de ese peligroso avispero que solo acarrea extravíos de la norma sagrada: precisión para la claridad. Que es lo que le sucede al periodista cuando, en vez de "ha salido en estas vacaciones casi un millón de personas", escribe que "han salido casi un millón de personas a gozar de sus bien merecidas vacaciones". O bien, cuando reproduce en un

titular o en el encabezamiento de una noticia la espontánea y emotiva expresión de un exitoso atleta que manifiesta: "¡He dejado muy en alto el nombre de la patria!", o aquel lugar común de todo competidor: "Estoy muy contento porque he contribuido con mi pequeño grano de arena". ¿Qué valor informativo tienen esos explicables desahogos emocionales si se sabe que todos los atletas del mundo sienten y dicen cosas similares en situaciones idénticas? Lo mismo sucede cuando ciertos hechos o fenómenos son calificados en forma automática con el mismo adjetivo: "Torrencial aguacero", "aplauzo cerrado", "voraz incendio", "vital elemento".

Pero también es cierto que este abigarrado repertorio de locuciones, desde las más pedestres hasta las más atildadas, no solo son legítimos mecanismos de comunicación, sino formas de eficiente interacción lingüística cotidiana. Si alguien llama por teléfono y te dice: "¡Saca el paraguas que lo que viene es Eneas!", nadie puede dudar de la validez y utilidad de esa frase. Incluso, exactamente la misma expresión puede formar parte de un diálogo en una excelente novela y hasta integrarse en la declaración de una fuente viva en una entrevista. ¿Por qué, entonces, se hacen tantas advertencias sobre los riesgos de su uso en el periodismo informativo? Sencillamente porque, en particular el lugar común, al reducir los hechos a una simple frase trivializa la realidad, le resta consistencia y, en definitiva, reduce al mínimo las posibilidades expresivas de la información.

Conclusión: Si el periodista le "da luz verde" al lugar común, le "mete un gol" al buen estilo periodístico.

lunarorta@gmail.com

Originalmente publicado en *Artillería* (revista dominical del *Correo del Orinoco*) el 5 de octubre de 2014, p. 13.

El autor presentó este texto durante el evento *You never know with language / ¡La lengua es una vaina seria!*



Luis Navarrete Orta, der., y su *Artillería* de la lengua en el *Correo del Orinoco*: "Si el periodista le 'da luz verde' al lugar común, le 'mete un gol' al buen estilo periodístico". A la der., Cástor Carmona

ETIQUETA: Lingüística

## ■ APERTÚRAME TU CORAZÓN

Cástor E. Carmona

Hoy en día por fin *me* he decidido a *redaccionar* esta carta con el propósito de *expresionarte* mis sentimientos que *desde hace tiempo atrás* llevo almacenados. Desde que te *visibilicé en cuando arribaste* al banco, me *particionaste* la existencia, al punto de *explosar* de amor por ti y sentir mucha *desalegría* cuando no estás *aproximada*. Amada mía, dime: ¿cómo me *empodero* de ti? ¿Qué hago para *accesar* a tu corazón?

Estoy *bien mal*, *adolezco* de tu compañía. Asumo que comprenderás que no es mi idea *emproblemarte*, solo realizarte una *adelantación* de mis sentimientos: me *efervesces* de deseo, me *siniestra* tu *emborrachante* hermosura, la *brillura* de tu sonrisa *hechizadora*, *sobretudo ambos inclusive*, cuando te *destornillas* de la risa. *A grosso modo*, me dejas *ipso facto a motus proprio*. Por lo que de igual forma *previsiono* que es el *momento más álgido* para *propagandearle* al mundo este amor que *detento* y que *algún día en un futuro del mañana* serás de *mí*.

Sé que *tampoco no* soy un millonario con *dineros*, pero estoy *dentro de muy poco tiempo* a punto de *lincenciaturizarme* para *seguidamente después avanzar hacia adelante* en la vida. *Así mismo y de igual forma*, te doy mi *palabra verbal* que *con migo* no pasarás necesidades, lucharé contra todas aquellas *problemáticas* que puedan *obstruccionar* nuestra relación y así poder *coberturar* tus deseos o cualquier otra cosa que quieras *adquirir*.

En otro orden de ideas, no te *conflictúes* si te dicen en el banco que he tratado con *engalanamiento* a otras mujeres. Con respecto a esas personas *complejizadas* que se la

mantienen *encima mío* buscando *antagonizar* mediante un *saboteo* y constantes *insulserías*, ¡hasta *dónde cuánta vaguesa!* Claro, *a veces me he comportamentado en ocasiones* de manera *indisciplinaria a nivel de romance*, pero si esos *antecedentes previos en el ámbito del pasado* te han producido *complicancias* de alguna manera, *te pido un sin número de disculpas* y me comprometo a *customizarme* mejor.

Y es que mi amor por ti es tan *gigantemente* genuino como estas palabras que te *texteo*.

*También te digo igualmente* que voy a estar *encima tuyo* hasta que *obertures un lapso de tiempo* para *señalizar* esto que te *prevengo*; y te *pretendo encarecidamente* que cuando *recepciones* esta carta, me *cliquees rápidamente una respuesta expedita* para así *legitimizar* nuestra situación. Te tengo una *sugestión: agéndame* una cita (si no usas agenda sino libreta o cuaderno, entonces *librérame* o *cuadérname* la cita) para que podamos organizar un *compartir y/o un conversatorio* y, *en base a jugo y cachitos*, *expresionarte* personalmente mis buenas *preposiciones*.

Ten *fé* que puedes *apoyaturarte* en mí y *que ambos dos* nos *direccionaremos* hacia la felicidad.

Final y *ultimadamente*, amada mía, *apertúrame* tu corazón. O, si así lo prefieres, *abertúramelo*.

escarpia44@gmail.com

Originalmente publicado en la revista *Dominical*, del diario *Últimas Noticias*, en la columna "Crónicas de lo crónico", el 12 de octubre de 2014. El autor presentó este texto durante el evento *You never know with language / ¡La lengua es una vaina seria!*



Cástor Carmona, cronista de la revista *Dominical* del periódico *Últimas Noticias*, lee su texto "Apertúrame tu corazón"